

JULIO PIQUET, ESCRITOR

Aunque había nacido en el Uruguay (en la ciudad de Minas y en 1861), Julio Piquet trabajó y triunfó —como tantos periodistas nuestros— en Buenos Aires. Después de pasar fugazmente por un par de diarios (La Razón de Montevideo y El Censor porteño) se acercó al círculo de los Mitre y encontró en La Nación la oportunidad de su vida.

La Nación a que entró Piquet en 1886 era ya la potencia periodística y social que ha sido después. El diario se identificaba, en ideas y en intereses, con todo lo que importaba (prácticamente) en la Argentina. Sería por ese entonces el órgano de Martí; sería, poco después, el de Darío; todavía lo orientaba la presencia del general Mitre, su fundador, junto al cual Piquet cursaría una especie de noviciado político y cultural.

En La Nación publicó Piquet la mayor parte de sus páginas. Una selección de ellas presenta el nuevo académico José Pereira Rodríguez en el volumen XI de la Biblioteca de la Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay: Julio Piquet: Páginas escogidas, Montevideo, 1955, 120 páginas.

No es la primera vez que Pereira Rodríguez dirige su atención y su esfuerzo a la figura de Piquet. Un trabajo suyo sobre Los Tiros al Aire del periodista minuano se había publicado ya en la Revista Nacional y en folleto. Esta antología completa ahora el interés que aquella presentación de Pereira podía suscitar.

Piquet era un escritor menor, sin duda. Pero un escritor excelente (también). Toda literatura no existe sólo en torno a sus cumbres y si a estas cumbres las dejamos solas corremos muy grave peligro de falsificar nuestra perspectiva de ellas (y de todo). Por eso la presente edición tiene tanto interés y sentido.

El gran periodista que era Piquet podía desplegar artes muy variadas pero era sobre todo un maestro en decir con gracia. Sabía repetir anécdotas deliciosamente; evocar con emoción y con rara fuerza; manejar el registro (mayor) de la mejor tradición aforística. Estaba en aquel secreto francés del fin de siècle que consistía en escribir cosas importantes (y a veces profundas) sin torcer la voz ni engolar el gesto. France y Gourmont orientaron seguramente sus gustos.

Alguien decía (no recordamos si Gide) que es periodismo todo lo que mañana tendrá menos interés que hoy. Muchos y pretenciosos libros lo son. Buena parte de lo que escribió Piquet sigue guardando toda su virtud y toda su frescura.

Sus Charlas gastronómicas, escritas en

su vejez (1927) son un modelo de sugestión gustativa. Alguna vez intentó ser, como él dice, el Guillaume Apollinaire de la gastronomía. Los resultados fueron mucho más tradicionales: léase por ejemplo la receta del fainá (p. 42). Otros ingredientes aparecen en esas recetas y nos importan también. A propósito de la preparación del ajo nos dará Piquet una admirable evocación del Mitre íntimo (p. 34). A propósito de cualquier cosa nos contará alguna anécdota picante: Dígame, señora ¿el niño toma bien el pecho. — ¡Pero, doctor, como una persona mayor!

Algunas evocaciones de Piquet —mitad retratos y mitad autobiografía— son de primerísima agua. La de Gourmont, la de Darío y la de Florencio Sánchez parecen páginas imprescindibles.

Detrás de ese Piquet bonachón y gozador de la vida, existía otro, más profundo, más penumbroso. Es el que se muestra en Tiros al Aire. Los aforismos de Piquet (por lo menos algunos) no desmerecerían en la gran línea francesa del género. Algunos pensamientos de Piquet podrían haber sido acuñados por Chamfort; otros por el profundo y emocionante Joubert. El material de los Tiros es bastante variado; una parte de él, excelente. Entresacamos: CCVIII. No hay indignación más sincera ni más cómica que la del capitalista en lucha con los operarios que le exigen sucesivos aumentos de sueldo. Pero, ¡adónde quieren ir a parar estos insensatos! —exclama—. ¡Pero, hombre! ¡Quiéren parar en ser unos locos como usted! O este otro: CDLXV. La más grave deficiencia de la instrucción laica es que no enseña a morir.

Todas las páginas de Piquet tienen interés y el hombre que las escribió también debió tenerlo. Julio Piquet perteneció a un tipo humano y cultural muy característico de principios de siglo. Eugenio Garzón y sobre todo Antonio Bachini pueden adscribirse también a él. Es el gran periodista que triunfa después en la política, o en la diplomacia (sin dejar nunca de serlo) o al que impulsa una prensa de creciente poderío y pujanza. Enamorados de la cara Lutecia, escépticos, bon vivants, fundamentalmente dignos, deben haber configurado ejemplares humanos bastante cálidos y estimables, de muy sabrosa convivencia.

Esta edición de Piquet mejora en mucho las anteriores de la Biblioteca en que está incluido y es (probablemente) prenda de que seguirán manteniendo la nueva y segura calidad que Pereira Rodríguez le ha dado a la presente.